

El último ensayo, "Muerte sin fin", trata justamente el destino de los intelectuales mexicanos, de todo tipo: para empezar, se vislumbra la suerte trágica de los intelectuales mexicanos "clásicos", acostumbrados a las prebendas y los favores del Estado, que deambulan más en los pasillos del poder que en las aulas universitarias, y que observan con terror el arribo de un sistema democrático que amenaza sus privilegios sexenales, empezando por la cómoda existencia de ser intocable. Luego, se encuentra la nueva generación de intelectuales, que, repite el autor, es de caballada flaca, con honrosas pero muy pocas excepciones. La mayoría son buscadores de trabajo quienes, mediante doctorados, tertulias y rencillas interminables, buscan acomodo entre viejas y nuevas opciones políticas o en el Grupo San Ángel. El problema llegará cuando aquellos que no consigan los ansiados altos puestos, viendo frustrados sus sueños de gloria, tengan que regresar a instituciones ya ocupadas tanto por conocidos pensadores y anónimos, como por anónimos y decanos intelectuales. Por ello, al intelectual mexicano no le queda más que renovar sus expectativas y proyectos de vida, en un momento donde, dice el autor, hasta el intelectual más entronizado puede verse en la necesidad de regresar al aula, para encontrarse con la verdadera vida académica, lejos de los honores oficiales y sin SNI.

El libro de Mauricio Tenorio es una serie de críticas agudas, con sentido del humor áspero e ironía chispeante, razonamientos bien estructurados y proposiciones muy interesantes. Tratando temas como el nacionalismo, la construcción de la historia oficial o la condición del intelectual mexicano, se hace una reflexión mucho más profunda sobre la naturaleza de nuestras convicciones y sobre su fragilidad. Al terminar el libro, sin embargo, se percibe que el autor no tiene pocas esperanzas en que sus predicciones no se cumplan. Por lo demás, el libro lleva un título adecuado: hace un cumplido al arte de ignorar la realidad y de crear mitos... lo mismo en la nación que en la academia.

HENIO HOYO PROHUBER

LUIS MADUEÑO, *Sociología política de la cultura. Una introducción*, Mérida, Venezuela, Centro de Investigaciones de Política Comparada (CIPC), 1999, 150 pp.

La cultura política ciertamente ha sido un tema y un fenómeno que por años estuvo relegado no sólo por la ciencia política, sino incluso por otras disciplinas. Partiendo de esta premisa Luis Madueño (sociólogo con maestría

en ciencia política) nos presenta una propuesta de análisis bastante interesante que bien titula *Sociología política de la cultura. Una introducción*. Dicho trabajo ha sido editado por el Centro de Investigaciones de Política Comparada-Postgrado de Ciencia Política de la Universidad de Los Andes, y se estructura a grandes rasgos dentro de la moderna politología y sociología política. Se señala de antemano que su edición coincide con un renacer de los estudios culturales como principales marcos de explicación de un sinnúmero de fenómenos y cambios observados no sólo en Europa y Estados Unidos, sino particularmente en América Latina.

En este sentido, y de acuerdo con el autor, diremos que “en este trabajo nos interesamos por el análisis de una cultura política emergente, que obliga a la sociología política a revisar sus categorías conceptuales con el fin de aprehender de mejor manera los procesos políticos con una nueva percepción” (p. 15). No sin antes recordar que la red estructural-conceptual que organiza el concepto de cultura política está inmersa en la historia sociológica del pensamiento para explicar el origen y conflictos que se generan dentro de las sociedades.

La dimensión cultural y la cultura política nos permiten describir y explicar los cambios que observamos en las prácticas de acción política, en el desarrollo de nuevos clivajes Estado-mercado, siendo el propósito inicial de Luis Madueño en esta innovadora propuesta el vincular una sociología de la cultura política con las diferentes propuestas o áreas disciplinarias, que ciertamente dialogan con la ciencia política, de donde se desprenden perspectivas y orientaciones, todas ellas con sus propias dinámicas teóricas, que se contradicen y complementan.

Dentro de las ventajas que posee este trabajo está la de presentarse como una propuesta que poseyendo unas determinadas herramientas intenta dar cuenta e interpretar la diversidad de prácticas, símbolos y orientaciones que definen hoy la política. Metodológicamente hablando, *Sociología política de la cultura* se inscribe y desenvuelve dentro de una orientación comprensiva y reflexiva de los aspectos culturales, perspectiva que en estos últimos años ha sido impulsada por los aportes y discusiones de Scott Lash, Anthony Giddens y Ulrich Beck. De manera que “se asume y revisa la lógica de la teoría de la cultura política como una estructura o red conceptual, cuyo significado está enmarcado dentro de unos procesos de decantación histórica, a través de la estructura dimensional de que dispone el concepto” (p. 18).

La obra en cuestión está integrada por seis capítulos o partes: en el capítulo I se intenta establecer una discusión, por lo demás necesaria y pertinente, del significado de la cultura política, con el fin de comprender las diversas acepciones producidas principalmente por la ciencia política, la antropología y, naturalmente, la sociología política. Estamos de acuerdo

con el autor cuando señala que el estudio de la cultura política se presenta como una cuestión reciente y antigua a la vez, antigua porque desde Aristóteles en adelante, pasando por Alexis de Tocqueville, Durkheim y Weber, se le concede gran importancia a la cuestión del espíritu y los valores, es decir, a la conciencia colectiva. Todos asumen la importancia que tienen las prácticas, símbolos y demás. Y es reciente dado que en la década de los noventa los estudios de cultura política, aparte de revalorizarse, se convierten en un elemento imprescindible para describir y analizar los cambios en la política (p. 23).

En el capítulo II se recogen los alcances y contenidos de las principales perspectivas teórico-metodológicas que abordan las relaciones que se establecen entre la cultura y las acciones individuales. Se reúnen así los aportes más representativos de la filosofía, la antropología y la sociología política de las diversas corrientes y perspectivas clásicas, neoclásicas y posclásica (normativismo-conductismo-neoinstitucionalismo, etc.); aportes, principalmente, de Wilhelm Dilthey, Paul Ricouer, Talcott Parsons, Clifford Geertz, Robert Bellah, James March y Johan Olsen.

En el capítulo III el autor se propone discurrir alrededor del concepto de cultura política, particularmente de los diversos elementos que viven y se desarrollan en el seno de ésta, partiendo de que el fenómeno cultural, como estructura, involucra ciertas dimensiones:

La primera dimensión la constituye el *volumen* (número de individuos o grupos que comparten una cierta cantidad de valores, creencias y símbolos en torno al sistema político).

La segunda dimensión importante dentro de la cultura política la encarna el *grado* (está referido a la manera e intensidad con que los valores, creencias, mitos, sentimientos y normas están incorporados en las representaciones y la conciencia colectiva, y se manifiestan en la tolerancia o intolerancia política).

La tercera dimensión es la *rigidez* (nos indica el nivel de definición e incorporación de los valores, símbolos, tradiciones, etcétera).

La cuarta dimensión la constituye la *composición* (está referida principalmente al conjunto de culturas y subculturas de los diversos grupos, estratos y sectores que integran la comunidad, como colectivo y agregación de partes).

En el capítulo IV el autor procede a replantear y revalorizar la cultura política dentro de la moderna sociología política, valiéndose para ello de los aportes de los teóricos de la modernidad reflexiva (Lash-Beck y Giddens) a la teoría social y a la propia sociología política. En este sentido, se proponen *nuevas bases de explicación de la acción política*. No olvidemos que si algo define al presente es la presencia y desarrollo de un sinnúmero de

acontecimientos que se están generando día a día; acontecimientos y procesos que no pueden ser pensados y abordados con las herramientas y enfoques tradicionales, por lo cual tanto la sociología política como la moderna ciencia política se han visto obligadas a producir nuevas explicaciones y rehacer así todo su arsenal teórico. Este arsenal ha tenido que ser adaptado a las nuevas realidades, exigencias y desigualdades que imponen la globalización, la tecnología, la informática, el ciberespacio, la escasez, la ecología, cuestiones éstas que nos sacuden y nos impactan como individuos y como sociedad.

En el capítulo V, Luis Madueño retoma una vieja pero muy pertinente discusión sobre la política y lo político, tarea llevada a cabo dentro de los parámetros impuestos por la perspectiva de la modernidad reflexiva (autoconfrontación) que persigue dar cuenta y explicar el *nuevo status que hoy en día adquiere la política*, de la política organizada (tradicional) a la subpolítica. Si algo no podemos en ningún momento desconocer es el hecho de que

la centralidad de la política organizada alrededor de las instituciones y el monopolio cultural ha venido disminuyendo ciertamente. Por consiguiente, el análisis politológico y sociológico actual y el de otras ciencias sociales, debe demostrarnos la incertidumbre y la perplejidad de los individuos y de los actores políticos tradicionales, que no se dan cuenta de los procesos de innovación y traslado de la agencia transformadora a otros sectores de la sociedad (p. 107).

De forma tal, observamos como nunca antes que

la eclosión de la política en la sociedad se dirige así hacia un nuevo sistema de relaciones, en la medida en que cambia y se vincula a nuevos elementos [...] dentro de los factores que inciden en un nuevo *status* de la política encontramos: la crisis de las instituciones tradicionales; la radicalización de la modernidad que ha generado desintegración social; la destradicionalización de la sociedad; el auge del mercado; la incertidumbre del desarraigo (pp. 113-114).

En el VI y último capítulo Luis Madueño dedica su reflexión a la experiencia venezolana, particularmente a la construcción de la participación en la cultura política del venezolano. En palabras del autor, "el objetivo no es otro que intentar plantear algunos vectores explicativos que nos den cuenta de la construcción y cambio de la matriz de la cultura política del venezolano en los últimos años" (p. 118).

Si algo destaca a lo largo de nuestra tradición es que logramos, desde la instauración de la democracia, la conformación de una cultura democrática y participativa, donde los partidos y la clase política conformaron el principal factor de interrelación de la sociedad y el Estado, y por supuesto el

principal factor de estabilidad. De manera que, cuando nuestras principales agencias y guardianes se vienen a menos y entran en una fase de descomposición y crisis, paralelamente comenzamos a registrar ciertos cambios no sólo en nuestra cultura y participación política, sino en nuestro sistema y actores políticos.

Si algo deja claro la experiencia venezolana, que no es la excepción en la región latinoamericana, es que todo cambio cultural en el tejido político va precedido de una crisis institucional, y acompañado "por una suerte de frustración de las expectativas y desencanto con la política por parte de los ciudadanos que se traduce igualmente en un rechazo a las principales instituciones" (pp. 128-129).

Finalmente, diremos que uno de los grandes aportes de esta obra es el retomar una cuestión que por años estuvo relegada del debate, además de contribuir con sus propuestas y explicaciones a dar cuenta de los cambios que registramos desde hace un tiempo en la política, transformaciones que tienen ciertamente una relación estrecha con la cultura política. Así, *Sociología política de la cultura* es una empresa revolucionaria y crítica que rompe con la tradición al ubicarse dentro de una sociología política más reflexiva.

JOSÉ ANTONIO RIVAS LEONE

ALAIN-G. GAGNON, *Quebec y el federalismo canadiense*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Colección "Politeya. Estudios de Política y Sociedad", 12, 1998, 263 pp.

En una visita a El Colegio de México en octubre de 1999, Stéphane Dion, ministro de Asuntos Intergubernamentales de Canadá, citó una frase incitante y por demás ilustrativa de su país: "Nuestro primer ministro, el señor Jean Chrétien, suele decir que los canadienses tienen dos convicciones. La primera es que Canadá es el mejor país del mundo. La segunda, que su provincia no consigue la parte justa que le corresponde en la federación" (puede verse su conferencia "El federalismo y la diversidad: el ejemplo de Canadá", *Boletín Editorial*, núm. 82, 1999, p. 5).

La referencia del señor Dion podría resultar, si lo pensamos un poco, adaptable a muchos países, quizá todos. Con dificultad alguien, cualquiera en una patria medianamente desarrollada, diría que el suyo es el peor país del mundo y que la región en donde vive recibe un trato justísimo por parte del gobierno central. Sin embargo, en el contexto de la conferencia y de la realidad de esa nación, la nota resulta inmejorable: las características del